

Christopher J. Arthur *

La lógica de Hegel y El capital de Marx**

* Honorary Lecturer de Filosofía en la Universidad de Sussex y miembro del Consejo Editorial de las revistas *Radical Philosophy* y *Capital & Class*.

** Publicado originalmente en Fred Moseley Editor. *Marx's Method in Capital*, Humanities Press: New Jersey, USA, 1993, pp. 63-88. Traducido por Mario L. Robles Baez, UAM-Xochimilco.

ECONOMIA POLITICA

RESUMEN

Se argumenta que, en la práctica, el intercambio de mercancías heterogéneas constituye una forma de abstracción que es análoga a la manera en que Hegel establece las categorías lógicas en el pensamiento. El desarrollo de la forma de valor crea una clase particular de realidad invertida en la que lo universal domina lo particular, tal como se encuentra en el idealismo de Hegel. Después de un resumen de puntos relevantes del método hegeliano de exposición sistemática, se presenta el desenvolvimiento de la forma de valor, primero, de las mercancías al dinero y, después, del dinero al capital. Esta presentación se basa en conceptos tomados de la lógica de Hegel (calidad, cantidad, medida, esencia, apariencia, actualidad, concepto, etcétera). La noción de trabajo en tanto sustancia del valor es inicialmente dejada de lado, alejándonos intencionalmente así de Marx. Sin embargo, el trabajo concluye proveyendo una prueba novedosa de que Marx tenía la razón en darle una importancia central al trabajo en tanto que el fundamento del valor. Para que la forma del capital puede tener actualidad en el sentido hegeliano (i.e., que se preserve a sí mismo), el mismo proceso de auto-valorización debe fundarse en la producción de mercancías por el de trabajo asalariado.

ABSTRACT

It is argued that the exchange of heterogeneous commodities constitutes in practice a form of abstraction that is analogous to the way Hegel sets up logical categories in thought. The development of the form of value creates a peculiar kind of inverted reality in which the universal dominates the particular, just as in Hegel's idealism. After a summary of the relevant points of the Hegelian method of systematic exposition, there is given a development of the form of value from commodities to money and then from money to capital. This presentation is based on concepts borrowed from Hegel's logic (quality, quantity, measure, essence, appearance, actuality, concept, etc.). Initially the notion of labour as the "substance" of value is set aside, thus intentionally departing from Marx. However, the paper concludes by providing a novel proof that Marx was indeed right in giving central importance to labour as the ground of value. If the form of capital is to have actuality in Hegel's sense (i.e. to be self-sustaining) the process of self-valorization must ground itself in the production of commodities by wage labour.

Marx afirmó que una ciencia debe adoptar la lógica apropiada a las características del objeto bajo investigación (Marx y Engels, 1975a: 91). La pregunta que surge es entonces: ¿cuál es la lógica apropiada para la economía política? Por numerosas fuentes sabemos que Marx caracterizó su presentación en *El Capital* como “dialéctica”. Por desgracia, él nunca escribió su prometido trabajo acerca de la dialéctica. Pero sabemos que, al releer la *Lógica* de Hegel, él encontró una gran ayuda en el “método de presentación” (carta a Engels de enero 14 de 1858). Además, Marx se declaró, en *El Capital* mismo, abiertamente “discípulo de aquel gran pensador” (C.I.1: 20). En la primera sección, nuestro precisamente cómo la *Lógica* de Hegel, a pesar de su declarado idealismo, es verdaderamente relevante — y lo es precisamente para el carácter peculiar de una economía monetaria. El resto del artículo ofrece una reconstrucción del análisis de la forma-valor iniciada por Marx. Este análisis es antecedido por una presentación del método hegeliano de la

exposición sistemática que ha sido empleado. Al concentrarme en la forma-valor, dejo de lado inicialmente todo contenido de trabajo — de esta manera me alejo de Marx, quien analizó conjuntamente al trabajo y al valor. Sin embargo, concluyo con una novel demostración de que Marx estaba en lo correcto en darle una importancia central a las mercancías producidas en forma capitalista.

1. LA LÓGICA DE HEGEL Y LA FORMA-VALOR

El punto de partida de mi discusión es la convicción de que necesitamos tomar absolutamente en serio la cuestión de cómo la crítica de la economía política de Marx se beneficia, al menos en su presentación, de la apropiación de la lógica de Hegel. Creo que Marx mismo no fue claro en su respuesta a esta cuestión; los señalamientos metodológicos relativamente bosquejados y enigmáticos en sus prefacios son una señal de esto. Aunque reconociendo la influencia de la dialéctica de Hegel en *El Capital*, Marx omitió explicar cómo una lógica idealista puede asistir a una ciencia materialista. Él dejó la impresión de que uno puede preservar una lógica aún cuando se inviertan sus presuposiciones ontológicas. Esto introduce una dicotomía entre forma y contenido que no es en sí misma dialéctica. Mi punto de vista es que, debido sólo a ciertas propiedades muy particulares de una economía monetaria, hay verdaderamente una “afinidad electiva” entre el “Concepto” de Hegel y las relaciones estructurales de las mercancías, el dinero, y el capital.

En su lógica, Hegel trató las categorías fundamentales del pensamiento como categorías puras independientes de cualquier expresión contingente empírica. Las presentó como categorías sistemáti-

camente ordenadas, de las categorías simples y abstractas a las más complejas y por ende las más concretas. Se dijo que este sistema de categorías es un sistema con "movimiento propio" porque al reflexionar sobre una categoría nos conduce a introducir otra categoría contraria, o más comprensiva. Hegel fue un idealista en el sentido de que él pareció pensar que, por medio de esto, había mostrado la necesidad de que tales relaciones emergen y se desarrollan en el mundo real.

Para establecer la relevancia de la lógica de Hegel para la crítica de la economía política, es necesario entender los fundamentos ontológicos del sistema capitalista. Debemos tomar absolutamente en serio la *realidad* de la abstracción en el intercambio. Esta abstracción material tiene una realidad sustantiva completamente independiente de cualquiera de los puntos metodológicos acerca de la abstracción en la construcción de la teoría. Ésta produce una realidad invertida en la cual las mercancías simplemente expresan su esencia abstracta como valores, y los trabajos concretos cuentan sólo como pedazos informes de trabajo abstracto (véase Arthur, 1979). En la forma-valor no sólo hay una separación entre forma y contenido, sino la forma misma llega a ser autónoma, y el desarrollo dialéctico de la estructura es así determinado por formas [form-determined]. Debido a esto, argumento que el capital es ambos, real e ideal. De aquí que la lógica de Hegel pueda ser puesta en una forma crítica.

Para explicar más sobre por qué la lógica de Hegel es relevante para la teoría del valor, permítanme proporcionar una breve presentación previa a la que se desarrolla más adelante. Los bienes son llevados al mercado porque se cree que son valores de uso requeridos para otros, y si ellos son eventualmente consumidos, esto actualiza su po-

sición original como valores de uso. Pero ellos se encuentran en una fase diferente del ser a lo largo del camino, puesto que, mientras son intercambiados, ellos no son usados; además de que este poder de intercambiabilidad no tiene una base evidente en sus valores de uso en cuanto tales. Ocasionalmente tal comparación puede ocurrir si, por decir algo, dos medias botellas de vino fueran intercambiadas por una llena, pero en lo esencial las mercancías intercambiadas son inconmensurables como valores de uso debido a que sus cualidades particulares se adaptan a diferentes usos. Al parecer, lo que sucede es una abstracción de tales particularidades y la negación de esta diferencia del valor de uso.

Es importante destacar que esta abstracción no es una operación mental, sino una *abstracción material*. Como Alfred Sohn-Rethel (1978) lo señala enfáticamente, antes de la posición del trabajo como trabajo abstracto está la posición de las mercancías mismas en cuanto portadoras de su identidad abstracta como valores. (En este proceso puramente material de abstracción está implícito que no es necesario que las partes del intercambio conozcan lo que hacen a este respecto, o la forma lógica puesta en su actividad práctica).

Como una consecuencia de esta abstracción material de la especificidad de los valores de uso en cuestión, que está suspendida por el periodo del intercambio, las mercancías adquieren una nueva determinación: el carácter de valores de cambio; y, mientras pasan por esta fase de su ciclo de vida, los valores de uso particulares envueltos juegan el papel de portadores de esta determinación impuesta sobre ellos. Éstos llegan a ser sometidos a la forma-valor. A la inversa, en la actualización de sus valores de uso, sus valores de cambio se suspenden o desaparecen enteramente (aunque

puedan reaparecer en forma “transferida” en el consumo productivo).

Cuando los bienes son reducidos a momentos de una forma que los unifica en el intercambio mercantil, son tomados como expresiones idénticas de su esencia abstracta (el valor). Pero en tal identidad, sus particularidades se desvanecen y permanecen en cuanto tales excluidas del avance ulterior de la dialéctica de las formas. La forma-valor de las mercancías establece una separación entre el valor en cuanto la identidad de las mercancías asentada bajo la premisa de un universal abstracto puesto por medio del intercambio de equivalentes y sus permanentes particularidades que se diferencian una de la otra como valores de uso.

Ésta es la clave de nuestro argumento acerca de la relevancia de la lógica de Hegel, puesto que él también empieza con una abstracción de todo lo particular y determinado para alcanzar la categoría de ser puro. Mi argumento es que el Ser, y la dialéctica de las categorías que surgen de él, es análogo al Valor y a la dialéctica de las formas del valor. El punto es que hay un fuerte paralelismo entre los pensamientos puros de Hegel — es decir, la evacuación de instancias (instantiations) contingentes empíricas para dejar la categoría como tal — y el mismo proceso en términos prácticos cuando una mercancía adquiere un valor que ignora su figura natural. Así nuestra exploración de esto último puede delinarse sobre el paralelismo que se encuentra en la presentación de Hegel de su lógica. El movimiento del intercambio al valor es análogo a su Doctrina de Ser; el desdoblamiento del dinero y la mercancía es análogo a la Doctrina de la Esencia; y el capital, que pone su actualización en el trabajo y la industria, como forma absoluta reivindica todas las características del Concepto de Hegel. De aquí encontraremos que, tal

como la lógica de Hegel sigue el movimiento propio del pensamiento al atravesar el universo de categorías, la dialéctica del intercambio instituye un sistema determinado por formas (form-determined). Aquí las estructuras formales son verdaderamente productoras de movimiento propio (self-acting), no sólo en el sentido de ser estructuras de categorías conectadas por nuestro proceso de pensamiento.

Inmediatamente, tal determinación de forma pone un contenido que equivale nada más que a la posibilidad abstracta de fijar (place), una variable algebraica pura, un determinable con ningún contenido determinado particularmente necesario. Así cualquier y toda cosa pueden en principio ser puestas como valor. Al mismo tiempo, el universal necesita de los particulares que subsume. Mientras que los pensamientos puros de Hegel ponen meramente extensiones potenciales, las formas económicas deben ser materialmente constituidas en la relación de intercambio. De esta manera, encontraremos que, a lo largo de todo el camino de su análisis, la forma-valor se caracteriza por un desdoblamiento en lo universal abstracto y lo particular material.

Pienso que la relación entre la lógica de Hegel y la forma-valor es mucho más cercana que aquella de una identificación externa de su estructura lógica, o de una aplicación por motivos metodológicos de sus normas de adecuación, o de una estrategia de exposición que encuentra conveniente moverse de estructuras más simples a estructuras más complejas. Creo que en cierto sentido la forma-valor y la lógica de Hegel se identifican; no estamos simplemente aplicando la lógica de Hegel a un contenido independiente. No es que la forma-valor genere estructuras de una complejidad delimitadas por Hegel en sus categorías lógicas; las for-

mas son en efecto de tal pureza abstracta como para constituir una encarnación real en el mundo de las ideas de la lógica de Hegel.

La reivindicación de Marx (carta a Lassalle del 22 de febrero de 1858) de que la presentación del sistema mercantil capitalista es al mismo tiempo su crítica (es así en sí misma –independiente de hacer uso de cualquier criterio externo, tal como el muy dudoso de justicia) tiene sentido en nuestro contexto cuando observamos que es precisamente la *aplicabilidad* de la lógica de Hegel la que condena al objeto a una realidad invertida alienada sistemáticamente de sus portadores, un objeto que en su espiritualización de permuta material y actividades prácticas dentro de la región etérea de las formas puras virtualmente encarna la “Idea” hegeliana.

Para resumir; el secreto de la estructura y desarrollo de la economía capitalista se encuentra justo al principio cuando la abstracción material del intercambio mercantil crea la realidad de formas puras, las cuales después navegan sobre su lógica propia de desarrollo (como en Hegel), y el sistema completo tiene que ser entendido (dentro de los límites todavía a ser especificados) como determinado por formas (form-determined).

2. EL MÉTODO HEGELIANO

Dado mi argumento hasta aquí, se puede entender por qué en lo que sigue me siento en la posibilidad de recurrir al método de exposición de Hegel en el análisis de la forma-valor y la totalidad *determinada por formas* que surge de ella.

La presentación del análisis presupone que estamos interesados en articular la estructura interna y la ley de movimiento de un todo que (relativa-

mente) subsistente por sí mismo. El problema de la presentación es en gran medida un problema de: (1) el punto de partida, y (2) la naturaleza del avance de la argumentación. Mi método de presentación de las formas del valor, que se desarrollara más adelante, es completamente hegeliano en carácter. Dado que este método es únicamente de Hegel (no obstante empleado parcialmente por Marx, particularmente en el parágrafo 3 del capítulo 1 de *El Capital*), puede ser desconocido para muchos. Por tanto sería importante delineararlo.

Qué es lo que no es: no es un método inductivo que generaliza, a partir de los sucesos percibidos, una ley hipotética de los fenómenos, que sea posteriormente probada en la experiencia. No es un sistema hipotético deductivo en el cual un axioma es la base de una secuencia de inferencias que formalmente lo siguen, cuyo resultado está, como se dice, ya contenido en las premisas. No es un argumento trascendental para las condiciones de posibilidad de una forma de experiencia que es considerada como ya comprobada.

Es el desarrollo lógico de un sistema de categorías, o formas de ser, de la más elemental e indeterminada a la más rica y más concreta; como es evidente el resultado no puede estar contenido en la premisa, puesto que ésta es más pobre en contenido que el resultado. Pero esto es precisamente la clave de la argumentación: el impulso a moverse de una categoría a la siguiente es la insuficiencia de la etapa existente de probar su necesidad y prevalecer contra las contingencias a las cuales está sometida. En la investigación, se observa que la forma bajo consideración no es posible de sostenerse a sí misma sobre su propia base; pues depende de las condiciones de existencia que parecen ser contingentes, que pueden fácilmente desvanecerse.

El movimiento del pensamiento es así de lo condicionado a lo no condicionado; cada etapa toma cuidado, con un mínimo de nuevos elementos, del problema percibido en la etapa previa, pero que a su vez resulta ser insuficiente. La presentación termina cuando todas las condiciones de existencia que necesitan ser abordadas son comprendidas por el sistema completo de categorías desarrollado. Las formas incorporan dentro de ellas mismas, y producen a través de su propia efectividad, estas condiciones. Esto significa que la totalidad fundada de esta manera se considere autosuficiente. El punto de partida no es un axioma o un dato empírico sobre el cual todo lo demás dependa; por el contrario, la forma originaria gana actualidad y verdad sólo cuando es fundada en la totalidad a la cual da nacimiento por medio de la dialéctica delineada. Un número de puntos acerca de este método hegeliano necesita ser agregado: primero, debido a que el desarrollo va de la forma más pobre a la más rica, una transición no puede ser tan necesaria formalmente que una computadora pueda predecirla. Por el contrario, cierta apertura y creatividad están presentes. Hegel habla aquí de “una elevación de la mente” (Hegel, 1975: §50). Esto permite a Hegel presentar lo que considera un desarrollo lógicamente necesario como, al mismo tiempo, una auto producción libre del espíritu.

Un segundo punto es que, para el idealismo absoluto de Hegel, el punto principal de referencia no es el ser pensante individual. En vez de la mente ordinaria que resuelve problemas con este método de avance (advance), Hegel prefiere pensar que las categorías emergen y se disuelven por su propia inestabilidad; en tanto que ellas son pensadas, lo hace alguna “mente objetiva”. Esta tendencia objetiva de su lógica es además reforzada porque su verdad tiene significado tanto ontológicamente

como lógicamente. La coherencia de la lógica es al mismo tiempo la coherencia de la realidad. Desde luego que nosotros estamos tratando desde el principio con formas de la realidad, de las cuales los equivalentes lógicos en Hegel son siempre interpretados en términos de un sistema de intercambio mercantil real.

Otro punto que necesita ser mencionado desde el principio es que no tenemos la seguridad de que el sistema capitalista pueda asegurarse en la armonización de todas sus determinaciones. Pero el método de Hegel, además de ser apropiado para mostrar la articulación interna de un sistema autosuficiente, es igualmente apropiado para indicar la contradicción central que destruye un sistema.

Así, el método de presentación sigue un procedimiento hegeliano en el ordenamiento de las categorías de acuerdo con su abstracción relativa y motivando las transiciones de acuerdo con el criterio de la insuficiencia relativa del marco de categorías establecido actualmente para garantizar la reproducción propia del sistema sobre su propia base.

La presentación es entonces esencialmente de un sistema de categorías. Éstas pueden ser tomadas del lenguaje cotidiano o de la ideología burguesa existente, pero algunas categorías tendrán que ser nuevamente desarrolladas debido a las confusiones del pensamiento existente. En el desarrollo de estas nuevas categorías y en la presentación del sistema total de categorías, la directriz más general es que la presentación debe poder establecer un orden de sucesión claro, de la más simple a la más compleja, de la más indeterminada abstractamente a la más específica concretamente. Cada categoría unificará una diversidad. Pero en tanto que ésta aparece externa e impuesta sobre

los elementos e inversamente, estos últimos aparecen sólo disponibles de manera contingente a ella, la categoría no está bien fundada, y por ende lo real que es captado bajo este aspecto aparece inestable y propenso a la disolución.

En tanto que lo real se reproduce a sí mismo, la presentación debe poder exhibir su articulación de categorías de tal manera que muestre cómo esto se logra a través de ciertas necesidades inmanentes de su estructura; en otras palabras, cómo la lógica del sistema asegura tendencialmente su reproducción. Debe ser posible también indicar el grado de dependencia del sistema de las contingencias dadas empíricamente. Así puede ser demostrado que el dinero es una necesidad para el desarrollo capitalista, pero el papel que históricamente jugó el oro en esta conexión presupone claramente las contingencias de su existencia y adecuación.

La categoría más visible que tomamos de la conciencia cotidiana es aquella del intercambio de mercancías. Al igual que Marx, nosotros empezamos con la percepción de que la riqueza de la sociedad burguesa se presenta como “un enorme cúmulo de mercancías.” Pero yo difiero aquí de Marx en que rechazo la necesidad de introducir al trabajo antes de la conceptualización del capital como una determinación de forma. La introducción del trabajo tan temprano es arriesgado, pues le da al modelo una construcción de apariencia y consigna a la exposición a un estadio de la producción mercantil simple.

Incidentalmente, no es una cuestión de empezar con una discusión de los sistemas de intercambio en general y luego al especificar al sistema que encaramos nos aparece como una especie denominada producción general de mercancías. Es una cuestión de demostrar cómo la lógica interna del

intercambio mismo da nacimiento (sistemáticamente –aunque también con frecuencia históricamente) a la producción capitalista, dadas ciertas condiciones contingentes históricamente. Nos centramos en lo determinado históricamente por medio de un proceso de especificar a cada nivel una forma más adecuada de existencia de la indeterminación abstracta del origen.

Pero esto no significa que tal desarrollo nos proporcione la dinámica de varios modos de producción (como Mandel [1990] parece pensar que *El Capital* de Marx hace con la producción mercantil simple y la producción mercantil generalizada), porque la abstracción de las etapas significa precisamente que hay una carencia de actualidad para cualquier supuesta expresión empírica de ellas. Mandel parece pensar, junto con muchos otros comentaristas (véase, por ejemplo, Sweezy [1976] sobre el método de aproximaciones sucesivas), que lo proporcionado por Marx es una serie de modelos cada uno más complejo, pero que pueden ser igualmente trabajados.

Todo el punto de mi procedimiento (y hasta cierto punto de Marx) es que cada etapa *carece* de autosuficiencia, y de ahí que exista un impulso a trascenderla. Si *fuieran* autosuficientes no habría una dinámica inmanente en la presentación, y el cambio de un modelo a otro se debería a *nuestra* decisión de agregar una ulterior determinación, por ejemplo, supongamos que el dinero es inventado, supongamos que la fuerza de trabajo es una mercancía, supongamos que prevalezcan diferentes composiciones orgánicas. El punto de partida mismo es inadecuado y de ahí que da pie para el movimiento debido a que ha sido abstraído del todo, y la presentación es así impulsada a la reconstrucción del todo precisamente por medio de la negación del punto de partida.

Para empezar, analizamos la forma misma de la mercancía, y sólo al final damos fundamentos para identificar aquellas mercancías que son productos del trabajo como importantes sistemáticamente. De esta manera, al explorar completamente la dialéctica de la forma y permitiendo a la forma misma alcanzar el contenido que demanda, estamos haciendo algo muy diferente de la mayor parte de la tradición marxista, que está siempre deprimida en abordar el contenido material.

Sostengo que bajo condiciones emergentes definidas históricamente, la forma-valor llega a adquirir sustancia, o, inversamente, el trabajo mismo llega a expresarse en valor. Pero en el espacio tratado en este artículo, estoy interesado solamente con la derivación de las formas del valor; sólo en una forma general indico dónde y por qué la reconstrucción explorará la categoría de trabajo.

La presentación misma cubre al valor, al dinero y al capital, en ese orden. El objeto fundamental de la teoría marxista es la forma capitalista de la producción material social, pero esto no implica que en la presentación sea necesario desenvolver categorías generales de la producción y después especificarlas en términos de formas de capital. Lo que se propone aquí es que, debido a su importancia en proporcionar el carácter y la dirección de la producción material social, la forma-valor (en tanto que el germen del capital) debe ser primero analizada y la transición hacia la producción realizada de acuerdo con las determinaciones inmanentes requeridas para la reproducción del capital según la necesidad de su concepto. En otras palabras, la cuestión de la forma es tan crucial que la presentación empieza con la forma de intercambio, poniendo entre paréntesis completamente la cuestión del modo de producción, si hay alguno, de los objetos del intercambio.

La ventaja es que empezamos con la misma percepción que aquella de la conciencia cotidiana, a saber, aquella de que casi todo es capaz de tomar la forma de mercancía en la época burguesa, y evitamos la impresión de arbitrariedad al concentrarnos desde el principio sólo en los productos del trabajo. Mi enfoque tiene la ventaja de empezar con mercancías en general y arribar, por medio de la dialéctica de la presentación sistemática misma, a la justificación para centrar la producción como el lugar principal de las relaciones económicamente significantes.

Antes de proceder sobre nuestro argumento propiamente, permítanos contextualizarlo más proporcionando una caracterización general de la forma social de la época burguesa.

3. NOCIONES PRELIMINARES

Todos los marxistas inteligentes están de acuerdo con que la cuestión de la forma social es la clave del entendimiento marxista de los sistemas económicos. Es sólo por la virtud de las diferencias en las formas sociales que Marx puede insistir que no hay tal cosa de una economía en general, sino que cada modo de producción tiene sus leyes específicas y particulares de movimiento. Desdichadamente, la lacónica frase con que empieza *El Capital* ("La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un 'enorme cúmulo de mercancías'") es un gesto demasiado corto para descifrar lo que es peculiar acerca de la forma social de la economía burguesa. Marx prosigue inmediatamente después con la doble determinación de la mercancía; sólo en el último párrafo del capítulo, con el objetivo de destacar la unicidad de la forma fetichizada de la

mercancía, hay una discusión más completa de la forma social.

La teoría marxista necesita una ciencia de la forma. Es verdad que Marx mismo tiene un magnífico análisis de las formas del valor en los parágrafos 3 y 4 del capítulo 1 (y es aquí donde vemos más claramente la influencia de Hegel). Él tiene una crítica de la forma (el fetichismo) tanto como una crítica del contenido (la explotación), pero en su ansiedad de relacionar el valor con la producción, saltó (ya había saltado) — demasiado apresuradamente — al trabajo como su sustancia. Esto ha permitido a algunos descubrir una teoría del valor trabajo incorporado dentro del texto; en el peor de sus casos, esta perspectiva sostiene burdamente que “el trabajo es valor” (Mandel, 1990), colapsando la forma completamente dentro del contenido. Con todo, contrario a Mandel, Marx enfatiza que “el trabajo..., crea valor, pero no es valor” (C.I.1: 63). Lo es así sólo en forma objetiva, a saber, como una determinación de la forma de mercancía del producto.

Sólo en años recientes algunos han empezado a apreciar cuán importante es el papel de la determinación por formas en la teoría del valor, y cuán útil es la *Lógica* de Hegel en la construcción de la teoría marxista. Entre los autores que se han esforzado en relacionar el trabajo de Marx con la lógica de Hegel se encuentran Benaji, Sekine, el grupo Konstanzt-Sydney (Eldred y otros), Smith, y Reuten y Williams. En terminología, recurro al lenguaje de Reuten y Williams (1989), aun cuando no pretendo seguir sus definiciones con exactitud, y empleo la tríada de categorías: sociación, disociación, y asociación.

Por *sociación* se entiende la realidad universal ahistórica que, para ser económicamente activa, la gente entabla relaciones sociales y prácticas socia-

les. Fuera de una situación de Robinson Crusoe, la producción y el consumo son inmediatamente, o mediatemente, contextualizados socialmente.

Por *disociación* (la negación de la *sociación*) se entiende la realidad históricamente específica de la separación entre los agentes económicos en la época predominantemente burguesa; *separación* aquí no significa una distancia geográfica del curso, sino una barrera social. La *disociación* tiene tres dimensiones: primera, que las personas poseen los objetos útiles en cuanto su propiedad privada y de ahí que no estén disponibles inmediatamente para la satisfacción de las necesidades de los otros; segunda, que la producción se lleva a cabo por empresas igualmente en las manos de propietarios privados; y tercera, que la fuerza de trabajo es separada de su objeto en el sentido de que los medios de producción más importantes se encuentran bajo la propiedad de los miembros de la clase capitalista.

Por *asociación* se entiende que la oposición entre sociación y disociación es mediada en la forma del intercambio, por medio del cual los consumidores adquieren los objetos que requieren, las unidades de producción adquieren los insumos y venden los productos, y por medio de contratos laborales, la gente encuentra empleo y las empresas capitalistas encuentran trabajadores. Es importante entender que cuando la disociación es negada por medio de la asociación, lo hace sobre el mismo fundamento; esto quiere decir que el elemento básico de apropiación privatizada de los bienes se conserva, pero una forma de mediación (propriamente denominada aquí subsunción — *Aufhebung*) es descubierta. Así la asociación no reemplaza la disociación; si no que se despliega sobre ella a través del desarrollo de sus condiciones de existencia. La sociación ahora toma la forma contradictoria de

su unidad. Estoy de acuerdo con Reuten y Williams (1989) de que la disociación es el punto de partida conceptual de la presentación de la época burguesa y que la relación de intercambio provee el primer momento de asociación. Así la presentación propiamente dicha empieza con el intercambio.

Dado que por *intercambio* se entiende una transacción voluntaria que no es impuesta por ninguna autoridad central y se establece solamente con base en los propósitos privados de los agentes envueltos, es extremadamente improbable que cualquier sistema de orden económico coherente puede emerger del todo bajo su presencia — mucho menos aquel caracterizado por la benéfica “mano invisible” de Smith. Nuestro problema es determinar las condiciones de existencia de un sistema en el cual los bienes toman la forma de mercancías ofrecidas para el intercambio en el mercado. ¿Cuál es la forma de cohesión social de un sistema en el cual todas las decisiones para producir y para intercambiar son privadas? Nuestro objetivo a explorar son las formas de unidad de este sistema, con la perspectiva de ver justamente cuánta integración es posible.

Aunque la forma de capital resultará ser el momento primordial en el sistema, la fuerza que provee el impulso para la reproducción, no podríamos empezar inmediatamente con él porque es una determinación muy compleja. Más bien la presentación empieza a propósito con la caracterización más indeterminada del todo (el intercambio). La argumentación se desarrolla precisamente debido a la necesidad de sobrepasar lo inadecuado de esta caracterización, evaluada sea inmanentemente (por ejemplo, por sus implicaciones contradictorias) o por referencia a su falta de ser auto-subsistente. De esta manera, el pensamiento es impelido hacia delante a alcanzar una totalidad más con-

creta. Sólo cuando la presentación alcanza el todo que el punto de partida es fundado en su conexión con el todo y de este modo validado como una verdadera determinación, en este sentido relativo de ser inadecuado sobre sí mismo, pero válido como una de las múltiples determinaciones que vienen juntas en un intercambio fundamental mutuo en la constitución de la totalidad concreta. El todo se fundamenta en sus elementos, y estos elementos se median entre sí en el todo. Las mercancías son el punto de partida; nosotros no ponemos primero la cuestión de dónde vienen las mercancías, sean bienes producidos o no y, si ellas son producidas, bajo qué relaciones de producción. Sino que el desarrollo de la misma argumentación las fundamentará finalmente como resultado de la producción capitalista (véase Marx, 1983, *El Capital, libro I, capítulo VI (inédito)* y Benaji, 1979).

Para resumir esta introducción: la contradicción sociación-disociación es la presuposición de la época entera, y por esto de nuestra presentación. Es la asociación por medio del intercambio lo que da a esta contradicción “lugar para moverse.” La primera categoría concreta es por lo tanto esta mediación, y nosotros estudiamos su desarrollo subsiguiente; esta primera categoría de movimiento determina los bienes como mercancías, y de ahí que el primer objeto del análisis sea la mercancía, una unidad de valor de uso y valor de cambio. Este desdoblamiento es una relación en que la forma, el universal abstracto, domina la materia, los valores de uso particulares; la forma-valor es por lo tanto el tema de nuestra dialéctica de categorías.

4. LA PRESENTACIÓN DE LA FORMA-VALOR

Hemos dicho suficiente para establecer un caso general para la apropiación de la lógica de Hegel en nuestro análisis del valor. La siguiente presentación se realiza a través de ella en detalle. Como principio, permítanos desplegar nuestro plan (compárelo con Hegel 1975, §83):

1. El intercambio mercantil en su inmediación-el valor implícito en las mercancías.
2. La mediación del intercambio en dinero-el reflejo y manifestación del valor.
3. El intercambio en su unidad consigo mismo (circulación)-el valor en sí y para sí como capital.

Una comparación más detallada de la lógica de Hegel y la lógica de la forma-valor de Marx se presenta en un apéndice de este artículo.

4.1 El intercambio

El tema de la primera sección es la mercancía. Ésta es una forma del Ser — una categoría de la *Lógica* de Hegel — y las determinaciones que se presentan enseguida también seguirán aquellas de la *Lógica*, a saber, cualidad, cantidad y medida. En nuestro contexto, estas determinaciones corresponden a la intercambiabilidad, la negociación o convenio de intercambio [the bargain], y al valor en intercambio. La exposición dialéctica comienza propiamente con la noción indeterminada más abstracta, pero que sin embargo es la esencial y la que origina, que inicia el proceso de síntesis social en la época burguesa: el intercambio. La única presuposición que se hace al principio es que la disocia-

ción es superada por medio del intercambio mercantil. (La necesidad de esta forma de asociación depende, como lo hemos explicado, de las contingencias históricas fuera del alcance de la presentación sistemática misma). Los bienes toman allí la forma de mercancías, es decir, la forma-valor.

Dado el intercambio, podemos hablar de los bienes en términos de la oposición elemental entre el Ser y la Nada tratada por Hegel al principio de su *Lógica*. Los bienes aparecen como seres en los circuitos del intercambio y pasan a la nada en cuanto ellos salen de él, quizás a ser consumidos. Su ser, un hecho determinado y fijado en esta esfera (como *Dasein*), es aquel de ser mercancías intercambiables. Las mercancías se distinguen de ser bienes en general por la cualidad de ser intercambiables. (Desde luego que la denotación de la categoría varía históricamente. El agua fue alguna vez un bien libre; ahora, es una mercancía crecientemente cara). Al mismo tiempo, la intercambiabilidad está todavía arraigada en la utilidad de la mercancía. A este nivel, el móvil inmediato del intercambio parece ser el intercambio de una mercancía por otra de diferente clase, que tiene un uso diferente. No se puede concebir el intercambio de un mismo bien. No se intercambia hierro por hierro, sino hierro por maíz. Así la condición de existencia del intercambio es el universo del valor de uso. Por el momento, esta condición de existencia es puesta entre paréntesis; regresaremos a ella más adelante.

La cualidad de intercambiabilidad requiere más determinación. Si el intercambio es posible, no es suficiente que los bienes se especifiquen de acuerdo con las propiedades que los hacen intercambiables en un sentido general indeterminado. Se requiere de una determinación que permita que ocurran intercambios discretos; en otras palabras, una mercancía debe ser especificada como un

artículo (item) (una panadería no vende en realidad pan, sino vende tantas piezas de pan de tal peso). Los bienes tienen que tomar una figura determinada y poder especificarse en artículos discretos, cada uno de los cuales se presenta por sí mismo como una expresión en forma delimitada del bien en cuestión. A través de esta noción de límite, hacemos la transición a la categoría de cantidad.

Para que los bienes que se ofrecen para su venta sean mercancías deben estar delimitados cuantitativamente. Lo que llama la atención de esta cuantificación es que, aunque cada bien tiene su propio índice de cantidad (peso, o lo que sea) en términos del cual el regateo se desarrolla, parece imposible que estas cantidades se refieran a un índice común porque, *ex hypothesi*, como bienes de naturaleza diversa, sus índices de cantidad difieren absolutamente (nadie cambiaría dos libras de oro por dos libras de hierro). De aquí que el quantum, la unidad de intercambio, no aparece como una unidad de algo en común; éste es un número puro: te daré seis de éstas por cuatro de aquéllas. Ésta es la forma cuantitativa de la negociación del intercambio (the bargain).

Siendo inconmensurables en tanto que cuerpos naturales, las mercancías son negociadas en el abstracto, donde el regateo se hace en términos de una variación cuantitativa pura. La contradicción es que las propiedades que les dan la cualidad de intercambiabilidad —sus valores de uso— son demasiado particulares para formar la base de una medida común. Sin embargo, en una negociación de intercambio, una relación cuantitativa pura debe ser fijada a pesar de tal diferencia absoluta. Allí no aparece ningún fundamento para tal determinación. Ésta no es una mera contradicción teórica, sino una incoherencia práctica. Quizás, como Aristóteles temió, debemos aceptar su absurdez

teórica en los intereses de la conveniencia práctica; o quizás debemos aceptar la perspectiva subjetiva de los neoclásicos; o, como aquí, debemos insistir (press) más en la tendencia objetiva de la lógica.

Tal y como se encuentra, la relación es inestable e insegura; no parece haber ninguna razón del porqué cualquier par de números particulares debiera formar la base para lo asombroso (the striking) de una negociación de intercambio (a bargain). Dado esto, muy bien puede suceder que cualquier oferta particular sea siempre rechazada. La necesidad de esta forma en su carácter como determinante cuantitativo no está todavía dada. Alguien, en algún tiempo, por alguna razón, puede estar preparado para aceptar una cierta cantidad de una mercancía por una cierta cantidad de otra. Aún si una mercancía logra el reconocimiento social en un intercambio, la tasa de intercambio, la negociación concertada, parece puramente accidental —emergiendo *ad hoc*, pudiendo variar en la siguiente ocasión.

Con todo la abstracción entre sí de la cantidad y la cualidad no es absoluta. Ellas están tanto en unidad como en oposición. Después de todo, uno no está negociando un trato por seis, sino uno está tratando por seis cosas; hay un determinante cualitativo presente tanto como suspendido en el regateo sobre las cantidades. Pero, con cada transacción, la cosa varía en términos materiales al igual que los números que la cualifican. Podría ser cualquier cosa. ¿Pueden todas estas cosas representar la misma cosa?

Las mercancías intercambiables mismas sólo pueden actualizarse en una transacción, esto es, en forma cuantitativa. A la inversa, la razón cuantitativa que prácticamente las une en la transacción actualiza su carácter común de intercambia-

bles, en cuanto que tienen, en sí mismas, la potencia de retirar otras mercancías en el intercambio. La razón de intercambio es así una medida de esta potencialidad, su valor en el intercambio.

Éste es probablemente el punto decisivo más importante en toda la teoría del valor, y por mucho el más controvertido. Por cuanto, como lo encontramos en la *Lógica* de Hegel (Hegel, 1975, §111), la noción de medida nos conduce a “la esencia”: aquella que es medida externamente en la razón de intercambio es una dimensión inherente de la mercancía, tanto como su volumen.

Marx pasa demasiado rápido sobre esta transición. Simplemente señala que hay una identidad cuantitativa en la relación de intercambio entre el hierro y el maíz. Es evidente que esta identidad no puede ser adoptada por las propiedades naturales del hierro y del maíz, aunque debe representar alguna tercera cosa presente, si bien no es visible, en ambos: su valor. Los críticos han insistido en negar la necesidad de tal inferencia: de Bailey (1967; contra la versión de Ricardo) y Boehm-Bawerk (1952) a Cutler y otros (1977) y Moore (1963) en nuestros días.

Por lo tanto el significado de esta transición necesita de una completa explicación. Ésta implica la comprensión de la relación con el otro en cuanto, mediatamente, una auto relación. En los términos del discurso de las transacciones del intercambio, ésta está marcada por un cambio de la simple demanda de “ofrécame más de esa otra mercancía” a la proposición de “esto es más valioso de lo que tú me estas ofreciendo”, o, aún más precisamente, “esto vale el doble que aquello”. Tales formulas muestran la conciencia de “esto” de que es inmediatamente, en sí mismo, de valía, que el valor tiene una identidad consigo mismo, y por esto contiene alguna medida inmanente que es simple-

mente expresado o reflejado externamente en una negociación satisfactoria, en la que nadie pierda nada. La relación de intercambio entre A y B no es más comprendida como una relación coyuntural externa sino una auto relación en la cual cada uno, al referirse al otro en tanto una incorporación de su valor, se refiere indirectamente a su propio valor como reflejado en algo equivalente a sí mismo. Así, decimos ahora, “A vale B” o “como valores $A=B$ ”.

Si la determinación cuantitativa que se establece en un intercambio no es meramente coyuntural, determinada extrínsecamente en las contingencias que motivan a los agentes llevar los bienes al mercado (un inventario de preferencias, por ejemplo), se requiere de una dimensión intrínseca a ambas mercancías que sea, sin embargo, distinguible de su apariencia en cuanto mercancías inmediatamente diferentes. Esta dimensión es tal que obviamente varía para cada mercancía en proporción a su propio índice de cantidad, pero que sea en sí, en tanto que no tiene nada que ver con la particularidad del valor de uso, una única determinación cuantitativa –esto es, el valor en sí. De este modo, la *esencia* de ser una mercancía es tener valor.

Esta noción de un valor intrínseco es precisamente la que han rechazado Bailey (1967) y otros. Para ellos, el valor puesto en el intercambio es ilusorio. No hay, en verdad, nada debajo de la relación visible. “Una mesa vale cuatro sillas” se asemeja en forma gramatical a “Este zapato es tan largo como dos de aquellos puestos juntos”. Pero no es lo mismo, porque la extensión es una dimensión inherente a los zapatos, mientras que el valor de cambio es materia puramente relativa, una relación externa accidental. Mañana, o en la siguiente ciudad, una mesa podría valer tres sillas. No debemos engañarnos por tal relación al postular cual-

quier identidad en la sustancia de los bienes. No hay tal cosa de un valor intrínseco, sólo correlaciones coyunturales de cantidades diferentes de valores de uso.

Me parece que este argumento tiene mucho más fuerza de lo que la mayoría de los marxistas creen. En este momento tenemos sólo el *postulado* de identidad en esencia y de medida común. Si el sistema debe ser fundado en sí mismo, en vez de ser presa de contingencias externas, esta esencia debe ser actualizada. El punto principal para que haya unidad de las mercancías en una identidad común, y determinación en sus relaciones, éstas deben ser parte del mismo universo y su medida debe ser afirmada sobre una dimensión común que actualice su commensurabilidad como valores.

Aunque cada mercancía puede expresar concretamente una necesidad única y una oferta única (p. ej., el pago por los negativos a un chantajista), para que el sistema de intercambios se fundamente en sí mismo (en vez de que cada transacción sea el registro de una coyuntura específica determinada externamente), la pluralidad de las mercancías deben ser ejemplos de un tipo universal. Sin embargo, no necesita *haber* alguna identidad o determinación inmanente tal que resulte de las proporciones en que las mercancías se intercambian. Así la presentación subsiguiente, aunque parece asumir que nosotros ya conocemos que el valor existe, es realmente una exploración de sus condiciones de existencia a través del desarrollo de conceptos más concretos, que proveerán eventualmente los fundamentos suficientes para poner de lado cualquier escepticismo y al menos validar un programa de investigación basado en el valor.

Antes de proceder me gustaría llamar la atención respecto de que todavía nada se puede decir

acerca de una teoría del valor trabajo. La gente ha reclamado correctamente que el trabajo no es común a todo en la forma de mercancía. Pero, en cualquier caso, debe señalarse que –para usar una analogía– una cosa es emprender un número de experimentos y concluir que cada una de las cosas materiales tiene un peso intrínseco definitivo que se expresa regularmente en razones tales como tanto de esto se nivela con tanto de aquello, que justifica nuestro hablar de peso, como tal, independiente de su expresión en tales razones. Y, otra cosa es determinar que el peso surge del efecto sobre la masa (m) de un campo gravitacional (g) y que su magnitud inmanente es mg .

Aun antes de que podamos tratar la cuestión marxista de la sustancia del valor, es necesario establecer lo que para nosotros significa la dimensión de valor. ¿Puede haber tal cosa? Muchos han pensado que no. Su significado es de lo más dudoso cuando recordamos que, al contrario de la pesantez, el valor no tiene conexión con nada inherente a la misma mercancía en cuanto un cuerpo natural. El valor es una determinación ajena que se adhiere a un bien sólo cuando éste es sujeto de intercambio mercantil. No es posible argumentar que el valor exista independientemente del intercambio en el mismo sentido como la pesantez existe independientemente de los pesos. Es verdad que *si* el mercado existe, uno puede anticipar que un valor puede hacerse realidad en él; pero ¿puede uno hablar de valor cuando no hay mercados?

Sostengo que no es simplemente que un contenido material preexistente tome la forma-valor; sino que, por el contrario, al desarrollarse las relaciones determinadas por formas (form-determined), el contenido de valor se concibe como un resultado –sólo se demanda cuando la forma misma se completa en capital. En esta etapa, no hemos toda-

vía establecido el valor –mucho menos un contenido de trabajo. O más bien, el valor todavía no se ha establecido *por sí mismo*. No es simplemente que el valor no haya sido todavía comprobado por nuestra presentación; en cuanto que no preexiste al intercambio, el valor mismo sólo llega a ser y adquiere realidad en el desarrollo pleno de la forma misma –en el dinero, el capital y el trabajo productivo, como lo veremos más adelante.

El valor existe sólo cuando el intercambio mercantil es más que un agregado de transacciones accidentales, cuando es un proceso unificado y ordenado sistemáticamente que garantiza alguna estabilidad, permanencia y continuidad. Pero, en esta etapa de la presentación, esto no es de ninguna manera asegurado. Hablar de una mercancía como una cosa de valor, o simplemente un valor, y de cosas relacionadas recíprocamente como valores implica la existencia del valor mismo como una clase de “materia” homogénea subyacente en las diversas formas corporales de las mercancías. De acuerdo con Hegel, suponer que hay una materia subyacente en las cosas bajo su figura fenomenal es una abstracción del entendimiento. Pero, aquí, no es sólo que la conciencia fetichizada haga esto; el valor es puesto como esta esencia cosificada por la misma abstracción del intercambio.

Pero, en tanto que está simplemente implícito, el valor es una apariencia que se desvanece. Para ser realmente de la esencia, debe llegar a ser puesto por sí mismo; debe adquirir actualidad en sus formas más desarrolladas de apariencia. Esto es lo que hace que el dinero sea necesario. Hegel observa que el Espíritu es “no una esencia que esté terminada y completa antes de sus manifestaciones, manteniéndose a sí misma de lejos bajo su multitud de apariencias, sino una esencia que es verdaderamente real sólo a través de las formas específi-

cas de su auto manifestación necesaria” (Hegel, 1971: § 378). Yo diría lo mismo del valor. Así sus concreciones ulteriores hasta el precio de mercado no son meramente formas terminadas del valor, ellas son constitutivas de su actualidad.

4.2 El dinero

En comparación a la brevedad con la que Marx desarrolla los dos primeros párrafos del capítulo 1 del tomo I de *El Capital*, la mayoría de la gente encuentra al tercer párrafo sobre elaborado. ¿Por qué esas minucias dialécticas, cuando todo lo que él dice es que necesitamos una medida de valor análoga al metro estándar de París, que le da a la ciencia una base común para establecer distancias? El oro sirve como un ejemplar [exemplar] de valor, al igual que el metro estándar lo hace de la extensión. Sin embargo, a diferencia de la extensión, el valor es solamente una dimensión virtual; su actualidad es sólo puesta en las relaciones que las mercancías se imponen entre sí. Por lo tanto, Marx acierta en mostrar cómo el dinero, en cuanto una medida (externa) de las mercancías, se despliega en esas relaciones. Pero ¿cómo se deriva el dinero?

Hasta aquí, la presentación ha sostenido que la forma de intercambio pone en sí al valor. La distinción entre el valor de uso y el valor de cambio apunta hacia la posibilidad de sobrepasar la contingencia implícita en el simple trueque; puesto que, si hay una dimensión de valor, el intercambio se caracterizará por orden y determinación. Lo difícil de entender aquí es que, aunque la posibilidad de una determinada medida se funda en que el valor pertenezca a la esencia de las mercancías, esta misma esencia se actualiza sólo en el desarrollo

del proceso mismo de conmensuración. Este proceso de conmensuración es el que pone en primer lugar a las mercancías como masas de valor. La actualidad del valor y su expresión o medida se desarrollan al mismo tiempo.

La relación de intercambio tiene que ser comprendida como la que simultáneamente constituye el valor y sirve como su expresión. Una mercancía no puede expresar su valor en ella misma, porque el valor sólo adquiere realidad en las relaciones que las mercancías establecen entre sí; Marx dice que el valor “sólo puede ponerse de manifiesto en la relación social entre diversas mercancías” (C.I.1: 58), esto es, como valor de cambio. El valor del lino no puede expresarse en lino. Pero, si otra mercancía actúa como su equivalente, emerge en la realidad una distinción entre los dos aspectos de la mercancía —su valor de uso se presenta inmediatamente en su propia figura, y su valor se presenta a través de la mediación de la figura de la mercancía equivalente.

En verdad, la dimensión de valor se constituye al mismo tiempo que su medida. Esto significa que éste es más abstracto que el espacio, porque la extensión es perceptible en cuanto tal antes de la evolución de un sistema unificado de medida. El decir que esto es equivalente en largo a eso al colocarlos uno al lado del otro no les da en sí una medida a ambos (aunque presupone que tal medida es posible en su forma de expresión); no obstante que la extensión se encuentra inherente naturalmente en ambos de los objetos que vemos. La dimensión del valor, sin embargo, tiene una existencia puramente virtual en tanto que su realidad es meramente la idealidad de la unidad de las mercancías en su identidad abstracta como intercambiables.

De la comprensión de que el valor sólo subsiste en las relaciones de intercambio se desprende esta

pregunta: ¿Qué forma de relación de intercambio podría actualizar una determinación que es puesta como idéntica en cada mercancía, y que además subsiste sólo a través de la mediación de una mercancía diferente contra la cual se intercambia?

En su brillante exposición de la dialéctica de las formas de valor, Marx nos señala la relevancia de la lógica de “reflexión-determinación” en la “doctrina de la esencia” de Hegel (C.I.1: 73). Esencialmente, algo es (1) idéntico consigo mismo, (2) diferente de sí mismo, y (3) fundado en la unidad de estos momentos. Por medio de esta dialéctica, la categoría de identidad en diferencia se alcanzará como el principio de la forma de equivalente universal del valor.

En verdad, ya habíamos tenido la ocasión de emplear esta dialéctica anteriormente cuando argumentamos que, si el valor en intercambio debe ser una medida real, entonces el valor mismo debe fundar la verdad de la conmensuración. El mundo de las mercancías tiene entonces un fundamento en el que toda diferencia cae. Sin embargo, tan pronto como logramos esta conclusión, a través de la reflexión de la mercancía consigo misma, pusimos de ese modo un mundo de valores donde se distingue la esencia del valor de sus formas de apariencia o valores de cambio. De este modo, el valor debe ahora reflejarse en el valor de cambio, esto es, hacerlo su apariencia. En tanto que la realidad de la esencia sólo se consume en su apariencia, esta última es de ese modo tanto fundamento como fundada.

Como ya sabemos, una mercancía tomada aisladamente se muestra sólo como valor de uso; puede desdoblarse en un valor de uso y un valor sólo si esta última determinación logra una expresión independiente. ¿Acaso, no lo hace en todo intercambio? Seguramente, de una relación de inter-

cambio “accidental” simple, Marx dice: “La forma simple de valor de una mercancía es, pues, la forma en que se manifiesta la antítesis, contenida en ella, entre el valor de uso y el valor” (C.I.1: 75). La “insuficiencia” (palabra de Marx) de la forma simple de instituir explícitamente esta oposición es que la forma simple implica lógicamente simetría; puede ser leída en ambas direcciones, entre medida y ser medida, entre el valor implícito y su expresión. De aquí que sea difícil que la relación polar se mantenga fija (C.I.1: 83); la relación se colapsa en una identidad inmanente de valor, no en un fundamento articulado por ella. Aún más, aunque la distinción implícita entre el valor de uso y el valor se hace manifiesta en cada relación diádica, un agregado de trueques no constituye un sistema de valor homogéneo unificado (véase Marx, G.1: 130-140).

De aquí nos movemos a una forma relativa de valor más completa, la forma desplegada en la cual la mercancía expresa su identidad como valor en toda una selección de diferentes mercancías. En esta forma, la mercancía es instituida como algo que expresa su valor en esta totalidad de relaciones. El propio número de estas expresiones indica la indiferencia de la expresión del valor hacia cualquier cuerpo equivalente particular; de aquí que Marx diga que podemos suponer que hay alguna magnitud continua presente en forma inalterada a través de la serie de valores de cambio. El “defecto” (de acuerdo con Marx) es que “no existe una forma simple, unificada de manifestación” del valor debido a que cada una excluye a las otras. Aunque no se proporcione de ese modo una expresión unificada del valor, la solución está implícita en esta forma, puesto que por la misma acción en que una mercancía fija su valor en forma desplegada se pone como el equivalente singular de las otras.

La forma general del valor emerge de la expresión inversa. En ésta, el equivalente universal funciona simplemente como la encarnación de la identidad abstracta de todas las diferentes mercancías en tanto que valores. Como tal unidad de las diferencias, éste articula explícitamente la dimensión de valor que encontramos necesaria para asegurar la condición de independencia de las mercancías de las idiosincrasias de sus propietarios. Con esta forma que unifica, la identidad interna de los valores adquiere una expresión exterior. El punto que quiero replantear es que éste no es un desarrollo superficial de la esencia del valor. La verdadera condición de la categoría de valor en obtener algún significado real se encuentra en la actualidad de estas formas. Marx dice “tan sólo esta forma [de equivalente universal], pues, relaciona efectivamente las mercancías entre sí en cuanto valores, o hace que aparezcan recíprocamente como valores de cambio” (C.I.1: 81).

Esto también explica el porqué la teoría del dinero de Marx es muy diferente de los convencionalismos ricardianos y neoclásicos. Para el marxismo, el equivalente universal no es un *numéraire* convencional, sino que es esencial que tenga actualidad. La transición de la inmediatez implícita del valor en una mercancía, y su mediación en el equivalente universal, a la realidad del dinero son necesarias porque (como debemos siempre recordarlo) las formas que estamos tratando no son pensamientos puros, sino que nacen de la materia, a saber las mercancías. De aquí que la unidad en forma de estas mercancías debe ser más que pensada, debe ser prácticamente puesta: de aquí la necesidad de que el equivalente general tenga un soporte material, es decir, la necesidad del dinero.

La medida también se hace explícita porque el dinero, en tanto que el equivalente universal, es

puesto como valor en sí mismo, que ahora se distingue de su existencia implícita en la envoltura de las otras mercancías y es posible de ser aplicado a ellas como su medida (externa). El dinero no resuelve solamente el problema cuantitativo de proporcionar una medida común a los valores, sino además resuelve el problema cualitativo de establecer la conmensurabilidad real de las mercancías al relacionarlas como valores. Marx argumenta que los bienes no se confrontan entre sí como mercancías (es decir, como valores) sino sólo como valores de uso, hasta que exista en *la práctica* un equivalente general. Es a través de la acción social de las mercancías entre sí que se separa una mercancía particular en la que los valores de todas ellas se representen. “Su carácter de ser *equivalente general* se convierte, a través del proceso social, en *función específicamente social de la mercancía apartada*. Es de este modo como se convierte en *dinero*” (C.I.1: 106).

La primera función del dinero en cuanto expresión del valor, en cuanto la apariencia existente de la dimensión del valor, es la de servir de medida del valor. ¿Qué es lo que exactamente mide? Las analogías con otras medidas tales como reglas o pesos son aquí engañosas por la razón que he estado enfatizado: El dinero *constituye* el valor en una unidad en lugar de servir como un ejemplar con cierta propiedad que las mercancías poseen antes de su conmensuración. El dinero es la medida externa de la intercambiabilidad de la cual el valor es la medida inmanente. Pero en tanto que el valor es — hasta ahora — determinado como una forma pura, no hay nada substancial (análogo a la masa o la extensión) a la medida. (En nuestra presentación, las mercancías no son todavía, enfatizamos, determinadas como productos; por lo que no conocemos nada aquí de un tal índice de medida

inmanente como tiempo de trabajo socialmente necesario).

El dinero tiene la forma de intercambiabilidad inmediata en tanto que unifica al mundo de las mercancías. Aunque teniendo el mismo valor en el abstracto que la mercancía que mide, el dinero actualiza exitosamente la inmanencia puesta del valor, la esencia que subyace bajo el intercambio de equivalentes, y por medio de eso proporcionar al valor el aparecer en forma de existencia inmediata y con ello una medida determinada. El dinero, dice Marx en los *Grundrisse*, es “valor que es para sí” (G.I: 421).

En un sentido peculiar, en la forma dinero, el valor se mide a sí mismo contra sí mismo. La intercambiabilidad es medida por la intercambiabilidad. Para que esta identidad consigo misma adquiera una forma adecuada requiere del desdoblamiento de los valores en mercancías y dinero, en el valor en sí y el valor para sí. De ese modo, el valor mismo se mide *en sí por sí para sí*. Como el equivalente inmediato de todas las mercancías, el dinero resuelve el problema cualitativo del valor a través de su idealidad pura, creando un espacio virtual — la dimensión del valor. Marx habla de la forma precio de las mercancías como “al igual que su forma de valor en general, una forma ideal o figurada, diferente de su forma corpórea y palpable” (C.I.1: 116).

Tanto las reglas como el dinero permiten una conmensuración unificada. Pero, mientras que una regla se despliega en sí misma, la relación de equivalencia en extenso sigue la lógica de la transitividad, la simetría, y la reflexividad; y no es tan absurdo decir que el metro estándar mide un mismo metro. Pero el dinero no puede medir su propio valor porque el dinero es en efecto medida en cuanto tal. El dinero no tiene precio: él es precio.

4.3 El capital

En el desarrollo sistemático de las relaciones de intercambio, la unidad contradictoria de la forma (valor) y la materia (valor de uso) se expresa en un desdoblamiento en mercancías y dinero. En este desdoblamiento, el valor adquiere diferentes formas de existencia. En la forma precio, sus momentos particular y universal se distribuyen entre la mercancía y el dinero.

En el pensamiento analizamos conceptos en momentos, distinguimos dentro de una cosa las determinaciones universal y particular (mi humanidad, por un lado, y el hombre ante ti, por otro lado). Empíricamente, éstas nos son distinciones perceptibles, son meros momentos abstractos del ser real. Pero el desarrollo mismo de la forma-valor analiza el concepto de valor en la realidad; el momento universal es dominante en el dinero y el particular en las mercancías. Si describimos nuestra investigación como un análisis de la forma-valor, ahora nos damos cuenta que nosotros sólo “miramos” (palabra de Hegel) mientras que el movimiento sin reposo de la forma-valor lleva a cabo el análisis mismo.

Respecto de las funciones del dinero, su función como medida de valor es la más inmediata desde el punto de vista lógico. Sin embargo, es claro que su intercambiabilidad inmediata revela una determinación más concreta, aquella de medio de circulación. El dinero ahora es más que una medida formalmente puesta; él es mediador concreto que unifica a las mercancías en su proceso de vida. En sus comentarios sobre las contradicciones del intercambio mercantil, Marx dice que la distinción del dinero de la mercancía resuelve la contradicción al permitirle “espacio para moverse.” Él quiere decir que, en la metamorfosis de las mercancías,

las determinaciones particular y universal se expresan como momentos en una unidad en la medida en que el dinero sirva como un medio de circulación (C.I:1: 127-128).

La contradicción entre las formas de apariencia del valor (mercancías y dinero) se pone en movimiento y su unidad se establece en la fluidez de la circulación por la cual una pasa a la otra; el mismísimo valor, desdoblado en diferentes figuras de existencia, aparece ahora como mercancía, ahora como dinero, ahora nuevamente como mercancía. Aquí, una compra tiene la figura de un intercambio simple, pero realiza un universal, mientras que un mero trueque transfiere particulares de una mano a otra. Pero, como Marx señala contra Say, la circulación de las mercancías, concebida como $M-D-M'$, no tiene una consecuencia necesaria e inevitable, debido a que un productor puede que no encuentre un mercado y la venta no requiere ser seguida por una compra. En cualquier caso, la motivación es externa al proceso en sí mismo, en que al final de la cadena sale de la circulación. De aquí que la renovación de la circulación depende de la continuidad de la demanda y de la oferta.

El punto interesante acerca de la posibilidad de una discontinuidad temporal en la circulación es que con esto emerge la determinación del dinero como reserva de valor; la posibilidad de renovar el circuito cuando se requiera, o cuando las condiciones sean favorables, está presente con dinero en mano. Marx hace un análisis muy completo del desarrollo de $M-D-M'$ a $D-M-D'$, donde, por supuesto, la única motivación de la última secuencia es la posibilidad de $D' = D + \Delta D$.

Con $D-M-D$, los extremos son unificados en una espiral de valorización. El dinero se mueve de un medio pasivo en $M-D-M$ a un papel dinámico de unificación e iniciación en $D-M-D$. Marx dice:

El ciclo M-D-M parte de un extremo constituido por una mercancía y concluye en el extremo configurado por otra, la cual egresa de la circulación y cae en la órbita del consumo. Por ende, el consumo, la satisfacción de necesidades o, en una palabra, el *valor de uso*, es su objetivo final. El ciclo D-M-D, en cambio, parte del extremo constituido por el dinero y retorna finalmente a ese mismo extremo. Su motivo impulsor y su objetivo determinante es, por tanto, *el valor de cambio mismo* (C.I.1: 183).

Dado que nuestra presentación no es histórica sino sistemática, debe recordarse que no podemos especular sobre la forma del capital que surge de estos circuitos sea del impulso de la avaricia o de cualquier otro motivo. Nosotros simplemente ponemos atención al avance sistemático que resulta posible del entrelazamiento del dinero y las mercancías, a saber, aquel que el circuito D-M-D ha permitido en mayores posibilidades de continuidad y auto-reproducción que las del circuito M-D-M. El valor ahora es inmanente en la actividad del intercambio; él es su propia finalidad, no el efecto o medio de otros motivos.

Vemos ahora que de la circulación de las mercancías y el dinero surge el capital. Los siguientes pasajes nos recuerdan la doctrina del concepto de Hegel:

La circulación mercantil simple –vender para comprar– sirve, en calidad de medio, a un fin último ubicado al margen de la circulación: la apropiación de valores de uso, la satisfacción de necesidades. La circulación del dinero como capital es, por el contrario, un fin en sí, pues la valorización del valor existe únicamente en el marco de este movimiento renovado sin cesar. El movimiento del capital, por ende, es carente de medida (C.I.1: 186).

El valor pasa constantemente de una forma a la otra, sin perderse en ese movimiento, convirtiéndose así en un sujeto automático. Si fijamos las formas particulares de manifestación adoptadas en su ciclo vital por el valor que se valoriza llegamos a las siguientes afirmaciones: *el capital es dinero, el capital es mercancía*. Pero, en realidad, *el valor se convierte aquí en el sujeto de un proceso en el cual, cambiando continuamente las formas de dinero y mercancía, modifica su propia magnitud, en cuanto plusvalor se desprende de sí mismo como valor originario, se autovaloriza*. El movimiento en el que agrega plusvalor es, en efecto, su propio movimiento, y su valorización, por tanto, *autovalorización* (C.I.1: 188).

En la investigación sobre la forma de capital, Marx dice de D-M-D' que es "valor en proceso". Pero esta sustancia con movimiento propio no solamente asume la forma de mercancías y dinero, sino que, por así decirlo, entra en una relación consigo misma, porque el "valor originario se distingue de sí mismo como plusvalor" sólo cuando ambos son unidos en el nuevo capital, al superar esta diferencia, y empezar nuevamente (C.I.1: 189). Ésta es la "forma absoluta" (Hegel, 1974: § 164).

El capital actualiza el valor en el sentido de que ahora tiene una forma por la cual se pone a sí mismo como su propia finalidad. Esto es, con la forma de capital, tenemos ante nosotros un "sujeto" (palabra de Marx) individual que expresamente aspira a totalizar sus determinaciones y a incluir dentro de su efectividad todas sus condiciones de existencia. El motivo de nuestra presentación hasta aquí en la búsqueda de elucidar las condiciones de existencia del valor ha llegado ahora a ser el motivo de la forma misma.

4.4. La producción

¿Cuál es entonces la siguiente condición requerida que es necesaria para la existencia del capital como auto-valorización? El capital es definido como valor que se valoriza a sí mismo; pero ¿cómo puede esta forma mantenerse a sí misma? El punto principal aquí es que el capital todavía carece de control sobre sus portadores aunque tenga la forma de auto-valorización. Es aquí, recordemos, que al principio establecimos que una condición primaria del intercambio es el mundo de los valores de uso. Con el capital logramos una forma de circulación de las mercancías que es su propia finalidad, pero el proceso de auto-valorización todavía depende para su posibilidad sobre el surgimiento de los bienes mismos de alguna fuente externa.

Claramente, por lo tanto, hay todavía una gran cantidad de condicionalidad en la sola posibilidad de la valorización. No está auto-fundada. La circulación “en sí misma... es, pues, apariencia pura (G.1: 194), un juego de formas. El intercambio podría desvanecerse (como durante el decline del Imperio Romano), así el capital debe encargarse de sostener y desarrollar el circuito del valor. El problema es resuelto si los bienes mismos son producidos por el capital y reducidos a momentos de su propio circuito. Sólo bajo esta condición el valor en y para sí pasa de una mera potencia formal a ponerse a sí mismo en un proceso material real.

Para fundarse a sí mismo, el valor debe ser producido por el valor. Esto significa que sólo aquellos bienes producidos por el mismo capital cuentan como valores, como verdaderas mercancías en forma y contenido. Sólo las mercancías producidas en forma capitalista son adecuadas en forma y contenido al valor en y para sí. La actividad de la produc-

ción es una actividad de trabajo. De aquí que el capital deba hacer de esta actividad su propia actividad. Sólo hasta ahora la presentación encuentra necesario recurrir al trabajo. El trabajo productivo le da un sólido fundamento a lo ilimitado de la acumulación inherente en la forma de capital.

Nuestra presentación ha llegado al punto en el cual las mercancías no producidas parecen retener la forma-valor, pero sólo la apariencia de valor; éstas carecen de sustancia de valor porque no se originan dentro del circuito del valor mismo tal y como es impulsado por la valorización. Las mercancías no juegan un rol esencial en la dinámica del desarrollo capitalista (aunque dos de tales mercancías no producidas — la fuerza de trabajo y la tierra — son insumos materialmente esenciales, pero no pueden ser tratadas aquí). En cuanto que son producidos en forma capitalista como mercancías para la venta, los productos obtienen ambas determinaciones de valor, son producidos como valores y vendidos como valores. En la medida en que conquista la esfera de la producción, el capital adquiere realidad y permanencia en lugar de ser dependiente de condiciones externas para proveer los valores sobre los que se alimenta.

El hecho de la presentación encontró necesario pasar al trabajo productivo sólo cuando la forma de capital requirió un fundamento, lo cual implica que hay fundamentos inadecuados para poner una teoría del valor al nivel sólo del intercambio mercantil. La adecuación entre la forma y el contenido sería muy débil, la relación todavía muy indeterminada.

Marx se dirige tan rápido a la sustancia del valor que perdemos de vista que el valor sólo es real en el concepto completamente desarrollado (a saber, el capital). De aquí que, en su discusión, Marx dé la impresión algunas veces que un contenido

previo, el trabajo, reduce a la forma-valor a su mera expresión fenomenal. La dialéctica de la producción mercantil es mejor presentada, creo, como una en la que la forma se hunde en la materia y después la desarrolla como su propio contenido (la que, siguiendo a Marx, podemos analizar en términos de categorías tales como la fuerza de trabajo y el trabajo excedente). Dentro de la forma-valor, en lugar de que el contenido se desarrolle por sí mismo a través de la mediación de sus formas, la forma busca asegurarse y estabilizarse a sí misma a través de subsumir la materia y transformarla en un soporte de la auto-valorización. Lo que estamos argumentando en relación con el trabajo de Hegel es que su especulación acerca de un Absoluto que busca actualizar y reproducir sus condiciones enteras de existencia tiene realidad en el

capital, el cual tiene tal impulso implícito en su forma. La lógica supuestamente universal de Hegel es también la lógica específica del capital. Al mismo tiempo, la lógica del desarrollo puede fluir sólo en tendencias, que en verdad dependen sobre las premisas materiales. Desdichadamente para el capital, no puede actualizarse a sí mismo y conquistar todas sus presuposiciones de existencia tan fácilmente como la Idea de Hegel supone. La verdadera realidad es material. Como forma pura, el capital gira en un vacío. La lógica de la acumulación del capital se frenaría muy pronto si no fuera por el hecho material que los trabajadores producen más de lo que ellos consumen. Más aun, los trabajadores son responsables de resistir su incorporación como momentos internos de la idealidad del capital, esto es, la Idea del capital hecha realidad.

5. CONCLUSIÓN

En el argumento dialéctico puede hacerse una distinción general entre la dialéctica sistemática y la dialéctica histórica. En general, Marx está tratando de usar la dialéctica sistemática, como yo lo hago aquí. La relación entre una dialéctica sistemática y una histórica es confusa. Sin duda, cualquier intento de identificarlas puede conducir a poner como estadios históricos reales de formas aquellas etapas que son verdaderamente insustanciales de una presentación dialéctica de una totalidad existente articulada dialécticamente.

La presuposición ontológica de mi argumento es que el intercambio mercantil crea una realidad invertida en la que las abstracciones, en lugar de ser la eflorescencia descolorida de la materia, son los *demiurgos* del mundo. Con la mercantilización

creciente de todas las cosas materiales y personas, y la inscripción de todas las relaciones dentro de la forma-valor, la abstracción pura se pone en libertad sobre el mundo. Formas puras que se desarrollan por sí mismas y entran en relaciones entre sí están objetivamente presentes en otro reino diferente al del pensamiento. Pero sus condiciones de existencia son materiales; de aquí que el capital impulse a la materia a tomar forma de un contenido penetrado hasta la médula por la forma-valor.

Como dijimos desde el principio, la presentación misma es inmanentemente crítica del sistema en tanto que examina la imposición de formas extrañas sobre el contenido material de la vida económica. Sin embargo, esto es inmaterial a menos que el sistema mismo sea inmanentemente inesta-

ble y produzca la contradicción que lo destruya. El germen del diagnóstico de este resultado es nuestra identificación del trabajo productivo como un fundamento necesario para el capital. El desarrollo ulterior de este lado de la materia puede mostrar que al sujeto capital lo confronta otro sujeto, el proletariado, que emerge en tanto que su contradicción nacida en el desarrollo del capital mismo.

Hasta este punto se puede mostrar que, después de todo, el capital no puede lograr la auto-subsistencia infinita de la Idea de Hegel, que ninguna unidad en diferencia genuina se logra, y que los lados material e ideal de la economía permanecen separados uno del otro sin importar cuántas complejidades median en el intento de asegurar el espacio para el desplazamiento de las contradicciones.

APÉNDICE

Categorías lógicas (Hegel)	La Forma de valor (Marx)
<i>La Doctrina de Ser</i> Calidad Cantidad Medida	<i>La mercancía</i> Intercambiabilidad (uso) La negociación Valor en intercambio
<i>La Doctrina de la Esencia</i> Fundamento de existencia Apariencia Actualidad	<i>El dinero</i> Valor en sí Formas de valor El dinero
<i>Doctrina del Concepto</i> Subjetividad Objetividad Idea	<i>El Capital</i> Precio Metamorfosis de las mercancías Autovalorización del capital

BIBLIOGRAFÍA

Arthur, Christopher (1979). "Dialectics and Labour", en *Issues in Marxist Philosophy*, vol. 1, *Dialectic and Method*, ed., J. Mephan y D.H. Ruben, Inglaterra: Harvest Press.

Bailey, S. (1967). *A Critical Dissertation on the Nature, Measure, and Causes of Value*, Inglaterra: Frank Cass.

Benaji, Jurius (1979). "From the Commodity to Capital: Hegel's Dialectic in Marx's *Capital*", en D. Elson (ed.), *Value: The Representation of Labour in Capitalism*. London/New Jersey: CSE Books/Humanities.

Boehm-Bawerk, L. Von (1952). "Karl Marx and the Close of His System" en P. Sweezy (ed.), *Karl Marx and the Close of His System*. EUA: Kelley.

Cutler, A., A. Hussain, B. Hindess, y P.Q. Hirst (1977). *Marx's 'Capital' and Capitalism Today*, Routledge: Londres, Inglaterra.

Eldred, Michael y Hanlon, Marnie (1981). "Reconstructing Value-Form Analysis", en *Capital & Class*, 13, pp. 24-60

_____. M. Hanlon, L. Kleiber y M. Roth (1982/85). "Reconstructing Value-Form Analysis 1, 2, 3, 4" en *Thesis Eleven*, 4 (1982); 7 (1983); 9 (1984); 11 (1985); modificada como "A Value-Form Analytic Reconstruction of 'Capital', apéndice a Eldred (1984a).

Hegel, G. W. F. (1971). *Philosophy of Mind*, translated by W. Wallace, Oxford university Press: Oxford, Inglaterra.

_____. (1974). *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Juan Pablos Editor: México

_____. (1975). *Logic*, translated by W. Wallace, Oxford University Press: Oxford, Inglaterra.

Mandel, Ernest (1990). "Karl Marx" en *Marxian Economics*, J. Eatwell, M. Milgate, y P. Newman, Editores, Macmillan: Londres.

Marx, Karl. C.I.1 (1978) *El Capital. Crítica de la economía política, Tomo I, vol. 1*, México: siglo veintiuno editores.

_____. G.1 (1984). *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse), 1857-1858, Tomo 1*, México: siglo veintiuno editores.

_____. (1988). *El Capital. Libro I, capítulo VI (inédito)* México: siglo veintiuno editores.

_____. y Engels Friederick (1966). *Collected Works*, vol. 3, Inglaterra: Lawrance & Wishart.

Moore, Stanley (1963). "The Metaphysical Argument in Marx's Theory of Value" en *Cashiers de l'institut de Science Économique appliquée*, 140: 73-97

Reuten Geert y Michael Williams (1989). *Value-Form and the State: The Tendecies of Accumulation and the Determination of Economic Policy in Capitalist Society*, Routledge: Londres, Inglaterra.

Sekine, T. (1984). *The Dialectic of Capital*, Vol. 1, Yushindo Press: Tokio, Japón.

_____. (1986). *The Dialectic of Capital*, Vol. 2, Toshindo Publications: Tokio, Japón.

Smith, Tony (1990). *The Logic of Marx's 'Capital': Replies to Hegelian Criticism*. EUA: State University of New York Press.

Sohn-Rethel, Alfred (1978). *Intellectual and Manual Labour: A Critique of Epistemology*, traducido por Martín Sohn-Rethel, Macmillan: Londres, Inglaterra.

Sweezy, Paul M. (1976). *Teoría del desarrollo capitalista*. México: FCE.